

Anexo número 438.

C. GOBERNADOR:

El infrascrito, socio de número del Consejo de Salubridad del Estado, ante Ud. con el debido respeto y en desempeño de respectiva comisión, informa y expone: que es un hecho, que en la práctica médica de esta Ciudad, se han observado, en estos últimos meses, y que, aun se siguen presentando todavía, varios casos de fiebre tifoidea. Es igualmente cierto, que algunos de ellos han terminado por la muerte, con las manifestaciones inequívocas ó características de esa desastrosa fiebre. De ese hecho clínico, relacionado con la contagiosidad de la enfermedad, la cual se acepta, hoy, como doctrina evidente, por la generalidad de los médicos, se desprende: que si no se toman las medidas profilácticas adecuadas, que el caso demanda, sería demasiado probable, que la enfermedad aludida, observada hasta el presente, en casos aislados, llegara á tomar, en nuestro pueblo, el carácter de epidémica; ya que por las condiciones de nuestro clima, aunque no imposible; pero sí sería muy difícil, como luego se aclarará, que pudiera revestir en esta Ciudad, y durante la estación del calor, el carácter de epidémica. Para evitar esa calamidad que, como ya se ha manifestado nos amenaza, me honro en presentar al Superior Gobierno del Estado, las indicaciones siguientes. Preliminarmente diré: que la facultad médica, aquí y en todas partes, en su gran mayoría y apoyada en observaciones irrecusables, reconoce, en la actualidad, como causa generadora de la fiebre tifoidea, el baccilo de Eberth; y admite que este microorganismo se encuentra de preferencia en las secreciones intestinales de los enfermos; y que de éstas, ya sea trasportado por el hombre ó por los insectos ó de cualquiera otra manera; y aun desecado é incorporado y diseminado en el aire, puede así, con tales intermedios, pasar á contaminar los alimentos, las bebidas y cualesquiera otros objetos; pero que, sin embargo, para que pueda enfermar al hombre (lo mismo que se verifica con el microorganismo del cólera) es preciso que de algún modo, ya sea con el agua ó con la leche ó con algunas otras sustancias alimenticias, y raras veces por conducto de los gases contaminados, llegue á penetrar en el tubo digestivo. Es pues el aparato digestivo, en donde el microbio de Eberth, hace sus evoluciones sucesivas para vivir y para multiplicarse, verificándolo á expensas de la salud y de la vida del hombre: estos datos ya hoy no se discuten, son evidentes. Y además de sernos bien conocido, en la actualidad, el lugar y el modo de invadir del mencionado microbio; también algo sabemos, con relación á las condiciones biológicas, que le son peculiares: así por ejemplo, sabemos que ellas son muy exiguas, según la observación lo demuestra; y que son muy poco exigentes ó delicadas sus sencillas necesidades individuales, pues que puede muy bien vivir en el aire y sin el aire; en el agua y sin el agua, aunque en el agua común, no vive mucho, porque allí es envuelto ó devorado por otros saprófitos, que de ordinario se encuentran en ese líquido y que así lo imposibilitan para vivir: la luz solar difusa lo debilita mucho, y la luz directa sostenida por varias horas, con toda seguridad lo mata: resiste más al frío, que al calor y en éste, muere en temperaturas húmedas, sostenidas siquiera por media hora entre los 57° á 69° centígrados; y por lo mismo, la viva luz solar y los fuertes calores de esta nuestra localidad, no le son convenientes (haciéndose remota aquí, por esta razón, la formación de una epidemia, á lo menos durante la estación estival). Se acomoda, vive y se multiplica mucho mejor este microbio en las temperaturas templadas. De esos pocos datos biológicos, pertenecientes al baccilo de Eberth se aprovecha la higiene para combatirlo debidamente, y ellos le han bastado, para dictar la profilaxia efi-

caz, relativa á la susodicha fiebre, la cual, como queda dicho, es engendrada por el microbio del que se ha hecho mención, y por lo mismo, en este nuestro diminuto estudio, como es de nuestro deber, procuraremos el no perderlos de vista para aplicarlos y utilizarlos como conviene. Así pues, aunque es demasiado evidente, y el orden así lo exige, que al ocuparse de la higiene relativa á una enfermedad cualquiera, deban dividirse las prescripciones ó las notas respectivas, en aquellas que han de ser planteadas ó dictadas para evitar que aparezca ó que invada la enfermedad; y en las que deberán ponerse en práctica, para impedir su desarrollo sucesivo ó propagación ulterior, en el supuesto de que la invasión de la enfermedad por cualquiera motivo ya no haya podido evitarse. Pero aquí en nuestra población, hallándonos en el segundo caso, puesto que se están presentando, en la práctica médica, enfermos de fiebre tifoidea; por esto es, que aunque me ocuparé á su tiempo de las medidas generales, que deben tomarse para que no haya en lo sucesivo invaciones posteriores de la fiebre mencionada; pero por de pronto, teniendo á este enemigo como ya lo tenemos, entre nosotros, creo que, por el momento, debo prescindir de consignar las indicaciones, actualmente inútiles, relativas a la importación del germen de la enfermedad, de otras poblaciones; importación que, dicho sea de paso, la juzgo inevitable, visto el tráfico y la facilidad de las comunicaciones actuales; así como también, tomada en cuenta, como debe tomarse, la magnitud de nuestra Ciudad, la cual, día con día rápidamente crece, y por lo cual debe caberle ese desfavorable vecindage, del mismo modo, que le caben algunos otros de los funestos contingentes, que de ordinario y sin poderlo evitar á todas las grandes poblaciones se les adhieren. Así pues, contando con que ya en esta Ciudad, de varios meses á esta parte, se están observando no pocos casos de fiebre tifoidea; por eso es que, de preferencia, debemos ocuparnos de las medidas, que pueden evitar su propagación y su arraigo entre nosotros. Es indudable que el combate, ya no puede excusarse, y por lo mismo que es preciso aceptarle, nos importa mucho valernos de la poderosa intervención de la ciencia; y manejarnos en todo, en asunto tan delicado, con pericia y con arte; y para esto conviene tener presente: que la referida enfermedad es trasmisible ó comunicable directa ó indirectamente, como se puede deducir de su génesis, que ha sido consignada, aunque con brevedad en la parte preliminar de este artículo. Y que por más que su filiación no pueda identificarse, hasta lo sumo, en muchos de los casos observados, con evidencia ineludible; como se pudiera verificar en los lugares pequeños; y aunque por razón de temperamentos, de clima y de individualidades etc. la aludida fiebre, sin cambiar de esencia ó de naturaleza, revista, en esta localidad, una fisonomía ó un modo de ser especial, y aunque presente diferencias, sintomatológicas muy notables, exhibiéndose á veces bajo la forma de benigna febrícula, y á veces y de ordinario, con aspectos muy serios, y hasta con el cuadro de la ataxo-adinámica más grave y fatal: tales modalidades, que no afectan, de ningún modo, á su esencia, y que nunca falta ni en ésta, ni en ninguna de las enfermedades de origen miasmático; esas particularidades, no son bastantes para que se desconozca la especificidad de la fiebre; y por lo mismo, ellas tampoco nos autorizan para no considerarla como una enfermedad contagiosa, como ella lo es realmente. Así es que, aun en los casos más ligeros ó más benignos, es necesaria la observación de los preceptos profilácticos respectivos; que consisten, primeramente en aislar á los enfermos y á las personas que los asisten; y en evitar para con ellos todas las comunicaciones, que no sea indispensable tener ó que no se necesiten. El no proceder así, equivaldría á consentir y á tener condescendencias perjudiciales con tan funesto enemigo, las cuales, de seguro, favorecerían su desarrollo y propagación, que á no dudarlo, serían

de consecuencias fatales. Para evitar eso, si se quiere proceder con acierto, en tan delicado asunto, es preciso, que cualquiera caso, que se observe, de fiebre tifoidea, sea considerado y tratado como un foco de infección, y que no se olvide que la pronta y eficaz destrucción de los gérmenes tíficos infectivos, que se hallan en este foco, esa será la mejor y aun la única profilaxia, la más acertada y la más conveniente. Y como que, ya se sabe y con evidencia; que esos gérmenes patógenos de la fiebre tifoidea, llamados bacilos de Eberth, están contenidos de preferencia en las secreciones intestinales de los enfermos; y que esos microorganismos hacen sus ulteriores emigraciones por la contaminación de las ropas y de algunos otros objetos, á los cuales se les adhieren, y principalmente, por el intermedio del agua ó de los alimentos, con los que se mezclan de cualquier modo; de esos datos, con toda naturalidad y claridad se deduce que, para evitar los contagios los enfermos y las personas que los asisten y los objetos que los rodean, por precepto de higiene, deben aislarse, en lo posible, y todos deben conservarse en las mejores condiciones de absoluta limpieza ó de aseo.

También importa mucho que los asistentes de los tifoideos, por ningún motivo, ni beban ni fumen, ni se alimenten en el cuarto mismo del enfermo; y que, aún para hacerlo fuera de allí, no se sirvan de las mismas vasijas que usan los pacientes, y además en todos los casos, deben asearse previamente, con particularidad de sus manos, y ejecutándolo con exquisito esmero.

Siendo la leche uno de los mejores vehículos del bacilo de Eberth, no deben tomarla los enfermos y ni aun las personas que los asistan, sino después de haber sido bien hervida; y no estaría por demás el mezclarla con un cuarto ó con un quinto de su volumen, de la solución limpia y bien asentada, que se conoce con el nombre de agua segunda de cal. Es una preocupación el creer, que el aire les perjudica á estos pacientes; y por ser esa preocupación demasiado dañosa; se la debe combatir con asiduidad: ordenando al efecto, que el cuarto que ocupan los enfermos, y aun la cama en que descansan, se hallen en condiciones favorables de suficiente ventilación, y que toda la habitación, grande ó chica que sea, disfrute de la mejor y más amplia atmósfera, en tanto cuanto fuere posible y á ese fin, se abrirán por completo las puertas de la pieza, poco más ó menos desde las nueve ó diez (a. m.) hasta las cinco ó seis (p. m.) tiempo en que se necesita bastante aire libre; por ser esas las horas más calurosas y más pesadas, que puedan observarse durante el día.

Además, siendo las diyecciones intestinales de los enfermos, los vehículos de predilección de los microbios específicos, es sobre ellos, á donde conviene dirigir, pronto y con energía, los medios de acción, que sean eficaces, para destruir por completo, á esos gérmenes infectivos.

Y aunque son muchos los agentes desinfectantes recomendados para ese fin, tales como el ácido fénico, los sulfatos de fierro y de cobre, el sublimado corrosivo, etc., y todos ellos empleados en soluciones oficinales; pero es suficientemente poderoso y el más fácil de conseguir y también el más económico, el hidrato de óxido de clasio diluido, que se conoce con el nombre de lechada de cal, y que se compone de una parte de cal comun apagada y de tres partes de agua.

Muchos higienistas opinan que, para el caso que nos ocupa, la lechada de cal es el desinfectante más apropiado y el más eficaz. Puede destruir el microbio de Eberth aun mezclada la cal con agua al veinte por ciento, y aun quizas en una proporción más débil, con tal que la preparación sea nueva y de reacción notoriamente alcalina, reconocida por medio del papel de tornasol.

Así pues, para hacer inofensivas todas las diyecciones humorales de los

enfermos, se las mezclará, inmediatamente de hechas, á volúmenes iguales, con la lechada de cal; y ya así mezcladas, pueden arrojarse sin peligro en las letrinas; y si en la casa del enfermo no las hubiere, se hará un pozo en el suelo, lejos de las norias y de las aguas corrientes; y echando en el fondo del pozo cal pulverizada y fuerte, podrán depositarse allí las evacuaciones, é inmediatamente despues, se les cubrirá por completo, con una capa de tierra ó con bastante cal.

Nunca se arrojarán al aire libre, en los patios, de donde las podrían trasportar los insectos; ni se enterrarán cerca de los pozos, ni se derramarán en las aguas corrientes.

Los lienzos de cama y las ropas de los pacientes, que deben ser cambiadas con la mayor frecuencia posible, se les depositará en vasijas, que contengan la suficiente lechada de cal, de modo de cubrirlas completamente; y allí permanecerán, dos horas por lo menos, teniendo cuidado de que tales recipientes se conserven bien tapados, para evitar el acceso de los insectos. Despues de esa especie de maceración, ya se les podrá despachar al lavado, y se recomendará que, en esa operación, se las hierva perfectamente.

Las manchas que se produzcan en la cama, en el piso, en las paredes, y en los muebles de la habitación del enfermo, deben tratarse, cuanto antes por un desinfectante cualquiera; y ya queda dicho, que la lechada de cal es eficaz, que se consigue con facilidad y que á la vez, es un desinfectante barato. Los colchones y los demás objetos, que no puedan desinfectarse de esa manera, se les sujetará á la acción de la estufa ó á la del ácido sulfuroso, ó en último caso á la aireación suficientemente prolongada, unida á una fuerte insolación. Según Charcot, Bouchard y algunas otras respetables autoridades médicas, la luz solar difusa, como ya se dijo al principio, debilita mucho al microbio, y la luz directa y el calor del sol, accionando por dos horas sucesivas hace sucumbir un 98 p 100 de los gérmenes tíficos infectivos, y en seis horas continuadas, los haría morir á todos, si permanecieran bajo la influencia combinada y sostenida de esa doble acción de calor y de luz.

En el caso posible de que el enfermo sucumba, es conveniente envolver su cuerpo por completo y cuanto antes, en un lienzo empapado en la solución oficial, conocida con el nombre de licor de Vaus Witen, y que cubierto así, y la mayor brevedad posible sea conducido á la apartada región de los muertos, para evitar el que por su intermedio, se expongan al contagio los vivos, y que de esa manera se fuera á propagar la enfermedad; y además, con idénticos fines, el cuarto en donde ocurrió el suceso fatal con todo lo que contenga, será ampliamente ventilado y desinfectado con intervención pericial. Sin tomar previamente esas precauciones, sería demasiado peligroso el que se volviera á ocupar esa habitación. Tales son las medidas de la higiene privada, que se deben poner en práctica con relación á las casas ó á los focos de infección.

Para señalar las que deben tomarse fuera de allí, en la esfera popular, es decir las pertenecientes á la higiene pública, hay que tener en cuenta que, en opinión de muchos autores clásicos y de las Academias científicas y de los Congresos médicos más respetables, basada en severas observaciones y en experiencias muy rigurosas, que han sido practicadas en grandes centros de población del uno y del otro continente, para esas irrecusables autoridades médicas de los pueblos más cultos, es innegable el importante papel, que el agua potable ejerce en la generación y en la propagación de la fiebre tifoidea. En París principalmente se ha observado, muchas veces, que aumenta el número de casos comprobados y su mortalidad, á medida que se aumenta el consumo del agua mala é insalubre del Sena. En cierta ocasión, en que por la rotura de un conductor de agua buena, fué preciso distri-